

ABEL BARRERA: LA LUCHA DE LA MONTAÑA

Témoris Grecko

Abel Barrera Hernández es un hombre de la región guerrerense de La Montaña. Pero entiende las formas de la ciudad. Está conectado íntimamente al mundo indígena. Y sabe utilizar los resortes del México mestizo. Al tiempo en que comprende y explica los recursos defensivos que los campesinos pobres se han construido por fuera del Estado, persiste en su decisión de utilizar a plenitud, en beneficio de los excluidos, los canales abiertos por el sistema.

Fundador y director del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, pocos luchadores sociales en ambientes tan polarizados logran conservar, como él, a base de esfuerzo y de congruencia, el respeto de los que están de un lado y el de los del otro. Para funcionarios y beneficiarios del estatus quo, una inclinación de Abel Barrera a su favor representaría un baño de algo de lo que les queda poco o nada: legitimidad. Para quienes han tomado las armas en defensa de su gente, un rompimiento de Abel con los mecanismos y vías institucionales facilitaría el de muchos otros.

Él ha optado por representar las urgencias del pueblo por las rutas legales —hasta donde puedan ser eficaces— y por darle voz a la crítica cruda y directa de aquellos abusados y despojados rutinariamente, y empujados a esos rincones encerrados donde uno tiene que decidir si quiere morir de hambre o morir peleando.

La resistencia no es causa sino consecuencia, me explicó en una entrevista, y “la colusión que hay entre crimen y cuerpos de seguridad del

Estado y de la Federación, esta crueldad, es precisamente parte de esta herencia de impunidad que vivimos en Guerrero”.

LA TRAGEDIA SE CONDENSA

Por la voz que les da Abel a los suyos transitan palabras claras con las que nada que deba decirse queda, en aras de las buenas maneras de la hipocresía política, sin decir. Nadie puede afirmar que no entendió el mensaje.

Sin embargo, se trata de una voz cálida, mesurada y afable. Colocado en un punto alto y en medio, visible entre tantas facciones violentas que se están enfrentando, uno imaginaría que sus medidas de seguridad son correspondientes al riesgo. Lo suyo es recibir al desconocido que se le acerca, obsequiar la sonrisa y ponerse a la escucha.

El antropólogo Barrera Hernández nació en 1960 en Tlapa de Comonfort, ciudad y mercado de La Montaña; esta región adolorida que concentra los municipios más pobres de México, como Cochoapa el Grande y Alcozauca. La zona es, también, uno de los núcleos históricos de actividad rebelde frente a los invasores aztecas, españoles y franceses; ante la opresión de sucesivos gobiernos nacionales, de caciques, empresas mineras y bandas de narcotraficantes.

Estudió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ubicada al lado de la antigua pirámide de Cuicuilco —construida hace 1,600 años al sur de lo que hoy es la Ciudad de México.

En 1994 retornó a Tlapa, en un momento que se sentía como partea-guas histórico: en los Altos de Chiapas, a seiscientos cincuenta kilómetros al oriente, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) le daba forma y máscara al gran reclamo indígena por cinco siglos de despojo y marginación, desde el inicio de la conquista europea de América. En su centro mismo el sistema parecía deshacerse en rivalidades y magnicidios políticos. En Guerrero, el Consejo 500 Años de Resistencia Indígena elevaba de nuevo el grito que había sido acallado a sangre, balas, torturas y vuelos de

Guerrero ha vivido un clima de violencia que ha postrado a la entidad y ha acentuado los problemas de pobreza y desigualdad social.

la muerte por el Estado mexicano con la Guerra Sucia, conducida por los caciques de Huitzoco de los Figueroa 20 años atrás.

“El cielo y el infierno están en este país”, sostiene Abel Barrera cuando describe las condiciones de su entidad. “Un infierno al que me refiero por la pobreza, por la violencia, por la corrupción, por la impunidad. En Guerrero se condensa la tragedia de este México violento”.

LA LUZ INCANDESCENTE

En esos días unos tomaban las calles y los pueblos, para no abandonarlos más; otros preparaban el resurgimiento de la guerrilla; Abel y los suyos optaron por formar un comité de defensa de los derechos humanos: lo llamaron Tlachinollan, que en náhuatl significa ‘Lugar de los campos quemados’, y fue el nombre del reino que en 1321 formaron los habitantes, miembros de los pueblos me’phaa, nahua y na savi, cuando se rehusaron a seguir pagándoles tributos a los señores del Altiplano.

En 1996, Tlachinollan obtuvo uno de sus primeros éxitos con la liberación del maestro Magencio Abad Zeferino y de su hijo, quienes habían sido detenidos ilegalmente por militares y torturados para obligarlos a inculparse como guerrilleros.

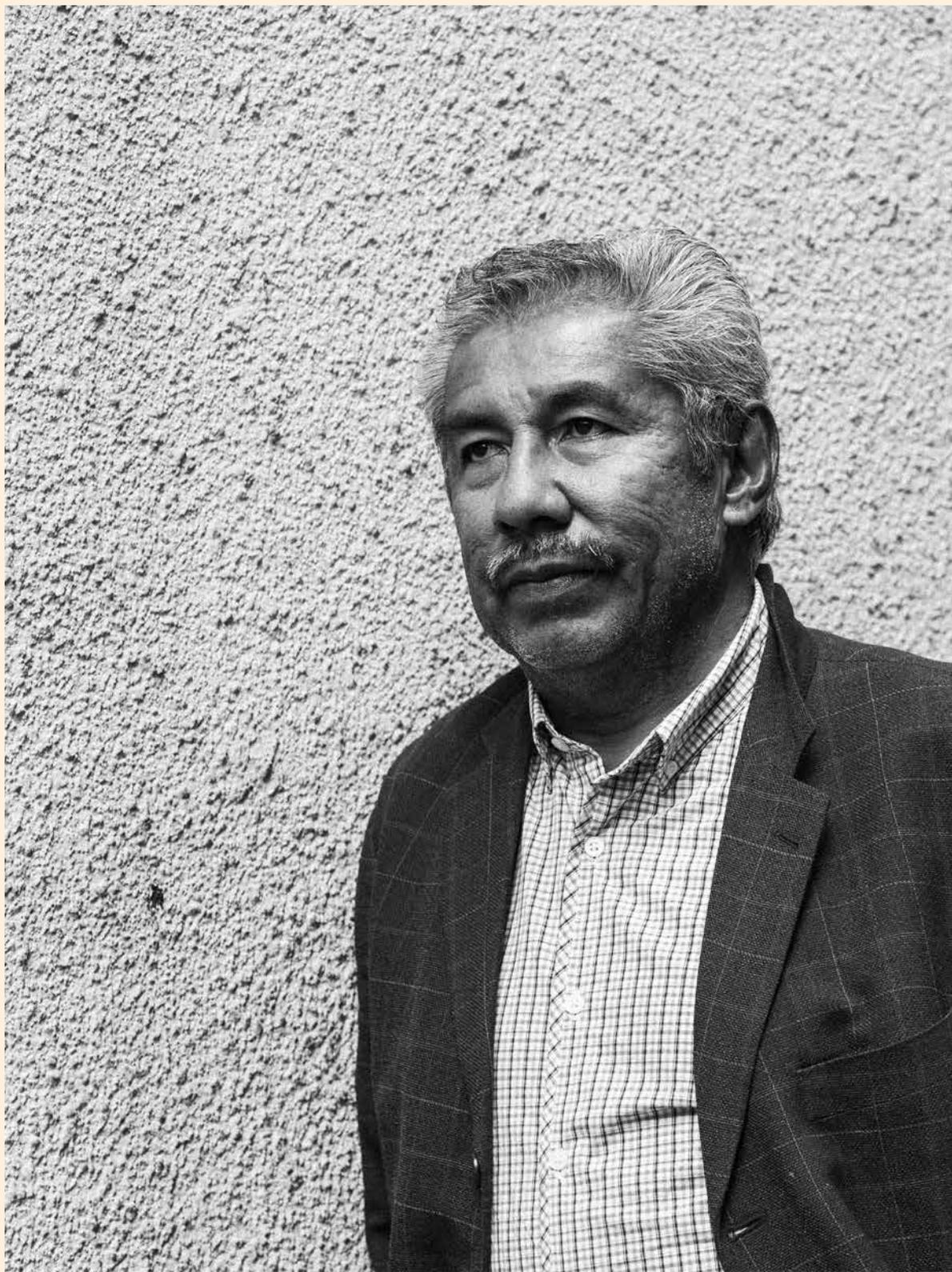
El trabajo sistemático y paciente trajo nuevos avances en diversas áreas, en especial con la defensa de dos jóvenes indígenas que fueron violadas por soldados en casos distintos: Inés Fernández Ortega y Valentina Rosendo Cantú; ambas causas, tras un largo recorrido legal, resultaron en sentencias condenatorias contra el Estado mexicano, promulgadas por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en 2009 y 2010. Como en otros países, explica Abel Barrera, la violencia sexual contra las mujeres se utiliza como “un arma de desmovilización” contra las comunidades organizadas.

Desde 2014, Tlachinollan ha representado legalmente y ha acompañado a los padres y las madres de los 43 estudiantes de Ayotzinapa que fueron llevados a la desaparición forzada por policías y criminales, bajo la vigilancia del 27º Batallón del ejército.

El trabajo de este centro y su director ha obtenido numerosos premios,

como el Nicolás Bravo (2001), el de Instituciones Creativas y Eficaces de la Fundación MacArthur (2007), el de Derechos Humanos de Amnistía Internacional (2011) y el de la Asamblea Consultiva del Consejo Nacional para la Prevención de la Discriminación (2016).

“Fuimos avanzando en medio de las tinieblas de la violencia”, recordó al recibir el premio “Ondas de Esperanza” del Centro Robert F. Kennedy, en 2014; “Sin embargo, nunca nos separamos de esa luz incandescente que guía a los sabios y sabias de las comunidades indígenas. La fuerza indómita de los hombres y mujeres de La Montaña es la que nos ha guiado por dos décadas. Ellos y ellas, a pesar del sufrimiento y de los tratos discriminatorios, se abren paso contra el muro de la impunidad y la corrupción”.



< Abel Barrera

Foto Diego Berruecos